



# IX

Boletín de estudios de filosofía y cultura

Manuel Mindán

Pensamiento español contemporáneo:  
El futuro de la Filosofía en el sistema educativo

IX Boletín de estudios de filosofía y cultura  
**Manuel Mindán**

**Fundación Mindán Manero**

Plaza de España, 10. 44570 Calanda (Teruel)  
Tel. 978 846 950 – 978 886 141  
Fax 978 886 061

**DIRECTOR**

Joaquín Mindán Navarro

**CONSEJO DE DIRECCIÓN**

Rafael Lorenzo Alquézar  
Francisco de A. Navarro Serred

**CONSEJO DE REDACCIÓN**

Jorge M. Ayala Martínez (*Universidad de Zaragoza*)  
Miguel Candel Sanmartín (*Universitat de Barcelona*)  
Joaquín Lomba Fuentes (*Universidad de Zaragoza*)  
Javier Muguerza Carpentier (*Universidad Nacional de Educación a Distancia*)  
Juan Manuel Navarro Cordón (*Universidad Complutense de Madrid*)  
Rafael Ramón Guerrero (*Universidad Complutense de Madrid*)  
Pedro Roche Arnas (*Universidad de Alcalá*)  
Javier San Martín Sala (*Universidad Nacional de Educación a Distancia*)

© DE LA EDICIÓN: Fundación Mindán Manero

© DEL TEXTO: Los autores correspondientes

© DE LAS ILUSTRACIONES: Juan Francisco Segura

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, fotoquímico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo escrito del editor.

**DISEÑO PORTADA**

Laura Mindán Sanz

**MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN**

I. G. Santa Eulàlia. Santa Eulàlia de Ronçana (Barcelona)  
D. L. SE-2067-2005 European Union  
ISSN: 1699-5244  
Junio 2014

La Fundación Mindán Manero no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los artículos publicados en este Boletín, que son responsabilidad exclusiva de los autores de los mismos.

## Sumario

<b>Presentación</b> .....	<b>9</b>
<b>I. Pensamiento español contemporáneo: El futuro de la Filosofía en el sistema educativo</b>	
<b>El futuro de la Filosofía en España</b> .....	<b>11</b>
Antonio Campillo	
<b>El filósofo como funcionario de la humanidad: el <i>ethos</i> filosófico</b> .....	<b>35</b>
Javier San Martín	
<b>Propuesta de una ética cívica y laica. Un proyecto necesario para el futuro de la sociedad española</b> .....	<b>57</b>
Luis María Cifuentes	
<b>Educar y enseñar Filosofía</b> .....	<b>75</b>
Victoria Camps	
<b>El combate de la filosofía</b> .....	<b>89</b>
Pablo Lópiz	
<b>Importancia de la enseñanza de la Filosofía en la Educación Secundaria</b> .	<b>111</b>
Manuel Sanlés	
<b>La filosofía legal en perspectiva</b> .....	<b>125</b>
Julián Arroyo	
<b>Diálogo filosófico y comunidades de investigadores-narradores</b> .....	<b>143</b>
Rodolfo Rezola	
<b>El recurso a los medios audiovisuales y las TIC en la enseñanza de la Filosofía</b> .....	<b>161</b>
Miguel Vázquez Freire	
<b>El filósofo, ¿pensador público? Rorty en torno a la función de la filosofía</b> .....	<b>169</b>
Víctor Páramo Valero	

Acción frente a contemplación: el papel del filósofo en la actualidad .....	185
Sergio Pons	
Nueva alfabetización para recuperar el porvenir común .....	197
M. Ángel Velasco	
Presente y futuro de la Filosofía .....	205
Álex Mumbrú	
Filosofía y nuevas tecnologías .....	213
Gloria Seoane	
La filosofía, escuela de crisis: Angustia, miedo y Estado del Bienestar ...	223
Henrik Hernández	
Educación emocional y afectiva en <i>Amor y Pedagogía</i> .....	235
Olaya Fernández y Ángeles Goicoechea	
La enseñanza de la Historia de la Filosofía en el sistema educativo: objetivos, realidades y propuestas .....	245
Íñigo Galzacorta	
“NOESIS: Una alternativa privada para fomentar la filosofía” .....	261
Zoe Martín	
Las comunidades de investigadores-narradores: un intento por aunar democracia, educación y filosofía .....	267
Fredy Benlloch	
<b>II. Colaboraciones</b>	
La filosofía: “deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea” .....	281
Lucía Parente	
La cultura del Renacimiento y el cristianismo .....	295
Carlos Gómez Rodríguez	
<b>III. Obra gráfica</b>	
Juan Francisco Segura .....	357

## Presentación

Fiel a su cita anual, la Fundación Mindán Manero saca a la luz este *IX Boletín de estudios de filosofía y cultura Manuel Mindán*, que, a buen seguro, más de uno ya estará esperando con impaciencia.

Pese a la variedad de su contenido, el objetivo de este nuevo Boletín sigue siendo el mismo que el de todos los que le precedieron: ser una tribuna desde la que exponer ideas fomentando el criticismo, el análisis racional, la investigación, la educación, los valores, etc. Esto es lo que animaba al Padre Mindán y esto es lo que anima a la Fundación que lleva su nombre. Es esta la mejor forma –creemos– de rendirle el homenaje que por su extraordinaria labor y por vida ejemplar se merece.

En cuanto a su estructura, como viene siendo habitual, este IX Boletín consta de tres apartados. El primero, **Pensamiento español contemporáneo**, gira en torno a un tema específico: “El futuro de la filosofía en el sistema educativo”. En él encontramos artículos que analizan las transformaciones que se han producido en la filosofía española en el siglo pasado; propuestas para una renovación del pensamiento filosófico; la consideración husserliana del filósofo como funcionario de la humanidad; la necesidad de un tipo de educación ética y cívica de carácter laico que permita compartir valores y normas morales que sustenten la convivencia democrática; la identificación del hecho de hablar con el de razonar; la importancia de la literatura como origen de la reflexión; las perspectivas de futuro que tiene la Filosofía y su historia en el Bachillerato; algunos análisis de propuestas didácticas actuales de Filosofía; la Filosofía como defensa contra las lógicas irracionales del capitalismo contemporáneo; la consideración de la educación como un continuo deseo de crecimiento personal y como juegos de lenguaje que nos permiten crear formas de vivir; el condicionamiento de los medios de comunicación y de las TIC en el lugar que la Filosofía debe ocupar en el currículo de la Enseñanza Secundaria; etc.

El apartado de **Colaboraciones** recoge dos excelentes trabajos: uno de Lucía Parente, en el que se plantea cuestiones sobre los filósofos que leen a Ortega y sobre cómo la investigación ayuda a iluminar los problemas de nuestra consciencia como ser, entre otras. El segundo, de Carlos Gómez, analiza la contribución de Marsilio Ficino, Giovanni Pico della Mirandola y Pietro Pomponazzi a la cultura renacentista.

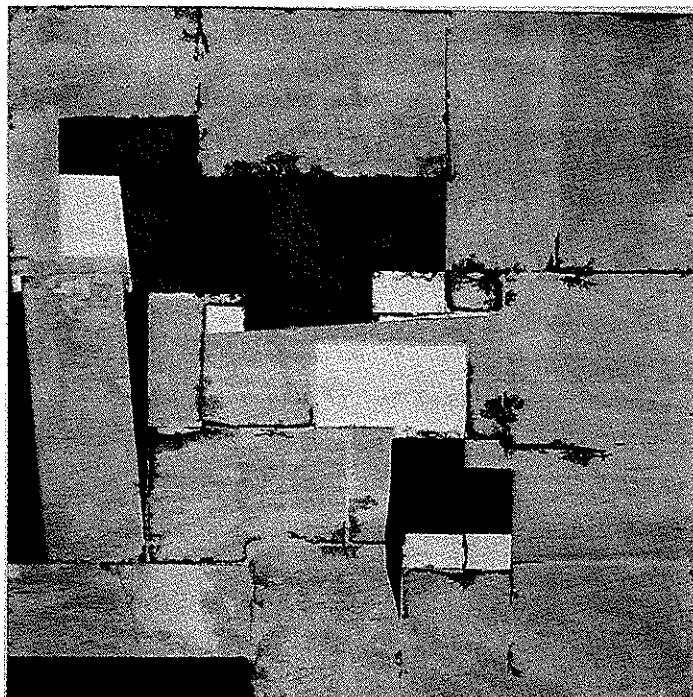
El último apartado, **Obra gráfica**, está dedicado a la figura del ilustrador de este Boletín, Juan Francisco Segura. Aunque de origen murciano, desarrolla su actividad artística en Barcelona. Como podrá comprobar el lector, la obra de Segura está fuertemente influenciada por la cultura oriental –el ikebana, fundamentalmente– y la filosofía zen.

No sería justo acabar esta presentación sin mostrar nuestro más profundo agradecimiento a Alexandre Fernández Nerín y a Javier González Rovira por su extraordinaria y desinteresada colaboración de traducción y revisión de textos en inglés e italiano respectivamente.

La Fundación Mindán Manero sigue manteniendo los mismos objetivos que animaron a su fundador, Manuel Mindán: ser un foco de difusión de cultura donde tengan cabida todas las opiniones y creencias encaminadas a formar espíritus críticos. Un foro de ideas en el que exponer y defender ideales y valores: la educación, la cultura, la disciplina, el esfuerzo, la justicia, la libertad. Lo que siempre defendió y nos enseñó el Padre Mindán en sus clases a sus discípulos.

Fundación Mindán Manero

## I. **Pensamiento español contemporáneo: El futuro de la Filosofía en el sistema educativo**



*Sin título.* (100 x 100 cm)

## El futuro de la Filosofía en España<sup>1</sup>

Antonio Campillo

Catedrático de Filosofía. Universidad de Murcia

La filosofía española del siglo XX ha pasado por tres grandes ciclos: de la "generación del 98" a la Guerra Civil, la derrota de la II República y el inicio del exilio republicano (1939); la larga dictadura franquista (1939-1978); y, por último, de la Constitución de 1978 a la profunda crisis iniciada en 2008. Esta crisis supone el inicio de un nuevo ciclo histórico, tanto para la sociedad española como para la propia comunidad filosófica. Y es en este contexto de cambio en el que nace la Red española de Filosofía (REF). Además de analizar las transformaciones históricas experimentadas por la filosofía española en el pasado siglo, este texto esboza unas cuantas propuestas para la renovación del pensamiento filosófico ante los grandes retos del siglo XXI.

20th century Spanish philosophy has gone through three great cycles: from the «98 generation» to the Civil War, the defeat of the II Republic and the start of the republican exile (1939); the long Francoist dictatorship (1939-1978); and, finally, the period between the 1978 Constitution and the serious crisis started in 2008. This crisis represents the beginning of a new historic cycle, both for the Spanish society and the philosophic community. The Spanish Network of Philosophy (REF) has born in this context of change. This paper analyses the historical transformations that the Spanish philosophy has undergone in the last century and outlines a few proposal for the renovation of the philosophical thought in light of the great challenges of the 21st century.

<sup>1</sup> Conferencia inaugural de las jornadas *El futuro de la Filosofía en el sistema educativo español*, organizadas por la Fundación Mindán Manero, la Universidad de Verano de Teruel y la Universidad de Zaragoza, coordinadas por Rafael Lorenzo, Joaquín Mindán y Luis María Cifuentes, y celebradas en el Centro Buñuel de Calanda (Teruel), del 1 al 3 de julio de 2013.

## L

En los últimos años, me he visto obligado a reflexionar sobre el porvenir de la filosofía en España y, en general, en esta nueva sociedad global en la que vivimos. La preocupación por la práctica pública de la filosofía forma parte de la tradición filosófica occidental desde su origen en la Grecia antigua, al menos desde que Sócrates fue condenado a muerte por la ciudad de Atenas. Así que no cabe dedicarse a la filosofía sin interrogarse de uno u otro modo por el sentido y el porvenir de tan extraño oficio.

Pero, en los últimos años, han confluído una serie de circunstancias que me han llevado a reflexionar sobre este asunto de una manera más metódica. Por un lado, mis responsabilidades como decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Murcia (desde junio de 2010), como presidente de la Conferencia Española de Decanatos de Filosofía (desde octubre de 2011) y como promotor y primer presidente de la Red española de Filosofía (desde abril de 2013); por otro lado, la política adoptada por el gobierno del Partido Popular (desde noviembre de 2011), basada en durísimos recortes presupuestarios y en profundos cambios legislativos, que están deteriorando gravemente todo el sistema español de educación, universidades e investigación, y que, más específicamente, están poniendo en riesgo el porvenir de los estudios de Filosofía en todos los niveles de la docencia y la investigación; por último, la ideología tecnocrática y mercantilista que se está imponiendo en la Unión Europea y en el resto del mundo, y que reduce la “sociedad del conocimiento” a la tríada I+D+i, con el consiguiente menosprecio hacia todos los saberes no susceptibles de producir resultados patentables y mercantilizables, como las artes, las humanidades, las ciencias sociales y la filosofía.

Paralelamente a todo lo anterior, durante el curso 2012-2013 comencé a impartir en mi Facultad una nueva asignatura denominada *Filosofía y globalización*, en la que no sólo trato de analizar la globalización desde la perspectiva de la filosofía, sino que también trato de analizar la filosofía desde la perspectiva de la globalización. La preparación e impartición de esta asignatura también me ha obligado a reflexionar sobre el pasado y el porvenir de la filosofía, en el contexto de la naciente sociedad global.

Por eso, cuando Rafael Lorenzo, Joaquín Mindán y Luis María Cifuentes decidieron organizar unas jornadas sobre *El futuro de la Filosofía en el sistema educativo español* y me invitaron a dar la conferencia inaugural, me pareció que era una buena ocasión para exponer mis ideas sobre este asunto.

Ante todo, quiero comenzar señalando la oportunidad de estas jornadas. En cierto modo, son una prolongación y un complemento de otras dos que se han celebrado en el último año. En primer lugar, las jornadas sobre *La situación de la Filosofía en el sistema educativo español*, promovidas por la Conferencia Española de Decanatos de Filosofía y por ocho asociaciones filosóficas españolas (AEEFP, AFBP, AHF, SAF, SEFA, SEPFI, SHAF y SLMFC), y celebradas los días 4 y 5 mayo de 2011 en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Estas primeras jornadas concluyeron con la *Declaración de la filosofía española* (5 de mayo de 2013), en la que se recogía el acuerdo de crear la Red española de Filosofía (REF). Dos meses después, el 29 de junio de 2013, la REF se constituyó provisionalmente y comenzó a trabajar en un doble frente: su organización interna y la defensa de la Filosofía.

En segundo lugar, las I Jornadas de la Red española de Filosofía, celebradas el 19 y 20 de abril de este mismo año, nuevamente en la Complutense. En estas jornadas se aprobaron los Estatutos de la REF; se me eligió como presidente de la primera Junta directiva; se acordó celebrar el I Congreso de la REF en la Universitat de València, del 3 al 5 de septiembre de 2014; y, por último, se aprobó el documento elaborado por la Comisión de Educación de la REF, con el título: *La enseñanza de la Filosofía en el sistema educativo no universitario. ¿Cómo queremos enseñar Filosofía?*

Por lo tanto, estas jornadas que ahora comenzamos en el Centro Buñuel de Calanda son un paso más en el proceso que ha emprendido la comunidad filosófica española, un proceso de debate interno y de reflexión colectiva sobre el futuro de nuestra profesión, pero también sobre el lugar que debe ocupar la Filosofía en el sistema educativo, y, más en general, sobre el papel que debe desempeñar en la sociedad del siglo XXI, ante las grandes transformaciones sociales, tecnológicas y ecológicas a las que hemos de enfrentarnos los habitantes del planeta Tierra.

¿Por qué se ha puesto en marcha este proceso de debate interno y de reflexión colectiva en el seno de la comunidad filosófica española? ¿Por qué experimentamos la necesidad de repensar el sentido de nuestro oficio, de nuestra vocación como profesores de filosofía y “pensadores profesionales”, como decía Kant? ¿Por qué han tenido que pasar 35 años de democracia, para que hayamos sido capaces de coordinar nuestras fuerzas y crear un espacio común de interlocución y de cooperación, a pesar de nuestras diferentes orientaciones intelectuales, niveles educativos y comunidades autónomas? Y, por último, ¿cuál es el porvenir que le cabe a la Filosofía en España y en el mundo?

## II.

Para responder a todas estas preguntas, conviene adoptar una cierta perspectiva histórica. Por un lado, es obvio que todas estas jornadas de debate y la propia creación de la REF son una respuesta a los cambios legislativos y recortes presupuestarios que el gobierno central y los gobiernos autonómicos han ido adoptando en los últimos años, y que están afectando al presente y al porvenir de la profesión filosófica en España.

En realidad, el sistema español de educación, universidades e investigación ha estado sometido a continuas reformas legislativas desde los inicios de la transición democrática. Pero, a través de esas reformas, los estudios de Filosofía se mantuvieron relativamente estables en la enseñanza no universitaria e incluso se extendieron notablemente en la enseñanza universitaria y en los diversos ámbitos de la investigación, la creación cultural, el asesoramiento experto, los debates públicos, etc. Sin embargo, en los últimos años estamos viviendo un cambio de ciclo histórico, que está afectando a todos los ámbitos de la docencia, la investigación y la cultura, y cuya tendencia dominante ya no es la expansión sino más bien la contracción. Desde que se inició la crisis económica en 2008, y sobre todo desde el cambio de gobierno en 2011, estamos sufriendo una serie de recortes económicos y reformas legislativas que suponen una amenaza más o menos directa e inmediata a la pervivencia de los estudios de Filosofía en sus diferentes niveles educativos. Ante esta amenaza, es lógico que la comunidad filosófica española haya respondido con todo tipo de iniciativas, como las movilizaciones públicas, la organización de jornadas de debate y la creación de la REF.

Pero, por otro lado, creo que todas estas iniciativas de la comunidad filosófica española responden también a cambios históricos de más largo alcance. Trataré de recordar aquí los cambios más relevantes, para comprender cuál ha sido el pasado de la filosofía española en el siglo XX y cuál puede ser su porvenir en el siglo XXI<sup>2</sup>.

A lo largo del siglo XX, la filosofía española ha pasado por tres ciclos históricos muy diferentes, estrechamente ligados a los cambios políticos, sociales y culturales que ha experimentado el conjunto de la sociedad española,

<sup>2</sup> La "perspectiva histórica" que expongo a continuación ha sido desarrollada también en mi artículo "El nacimiento de la Red española de Filosofía: una perspectiva histórica", en *Paideia. Revista de Filosofía y Didáctica Filosófica*, 2ª época, año XXXIII, nº 99, enero-abril 2014, monográfico sobre la REF.

y que, a su vez, forman parte de las grandes transformaciones del mundo contemporáneo.

En primer lugar, el ciclo que va de la "generación del 98" (Miguel de Unamuno) y el *Noucentisme* catalán (Eugenio D'Ors) a la Escuela de Madrid (Ortega, Zubiri, Morente, Zambrano, Gaos, Marías, etc.) y la Escuela de Barcelona (Serra, Xirau, Nicol, Ferrater Mora, García Bacca, etc.). Este primer ciclo se inicia en 1898, con la pérdida de las últimas colonias americanas y asiáticas (Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam) por parte del viejo imperio hispánico, que sufre una humillante derrota ante el nuevo imperio global entonces emergente (Estados Unidos de América); y concluye en 1939, con el final de la Guerra Civil (1936-1939), la caída de la II República (1931-1939) y la instauración del régimen franquista (1939-1975), que reelaboró en clave fascista el mito de la "raza hispánica". Coincidiendo con el declive del imperio colonial, se produce también la irrupción de los nacionalismos periféricos (catalán, gallego y vasco) en la escena política y cultural, el debate sobre la organización territorial de España y el novedoso empeño de la II República por construir una estructura federal que reconozca la autonomía de Cataluña y de las demás naciones y regiones hispanas, un empeño que será violentamente truncado por el régimen franquista.

En este contexto histórico-político, no es de extrañar que el final del siglo XIX y el primer tercio del XX estuvieran dominados por el debate filosófico-político sobre el "Ser de España", y en particular por dos grandes disyuntivas entrecruzadas: "españolizar a Europa" (Unamuno) o "europeizar a España" (Ortega), y "vertebrarla" en un Estado unitario con provincias y comarcas (Ortega) o "federarla" mediante el reconocimiento de la "autonomía" de sus diversas naciones y regiones (Azaña). No se trataba de meras polémicas entre intelectuales, sino de conflictos que dividieron a la sociedad española, suscitaban grandes contiendas políticas y condujeron a la Guerra Civil entre las "dos Españas", según la expresión acuñada por Ortega y Machado.

En cuanto al contexto educativo y cultural, en las primeras décadas del novecientos se fue consolidando una doble herencia recibida del siglo XIX: el krausismo, importado de Alemania por Julián Sanz del Río, y la Institución Libre de Enseñanza (ILE), creada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos y otros profesores y educadores. El krausismo y la ILE querían promover la secularización y modernización de la cultura española. Como resultado de esa doble herencia, comenzó a institucionalizarse –sobre todo, en las universidades centrales de Madrid y Barcelona– una filosofía en español y en catalán que estaba en condiciones de dialogar en pie de igualdad con las grandes corrientes intelectuales europeas. Así lo demuestra el caso de José Ortega y Gasset

(1883-1955), el filósofo español de la primera mitad del siglo XX que obtuvo el mayor reconocimiento público, dentro y fuera de España.

En resumen, en el periodo 1898-1939, los sectores sociales y culturales más renovadores del país promovieron un proceso de europeización y democratización de sus instituciones, especialmente durante los ocho años de vigencia de la II República.

El segundo ciclo se inicia cuando los sectores sociales y culturales más reaccionarios—el ejército colonial, las élites terratenientes y la Iglesia católica—, con el fin de preservar los privilegios heredados del pasado imperial, se levantan en armas contra la República y logran derrotarla (1936-1939), gracias a la ayuda militar de las nuevas potencias fascistas (la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler), y gracias también a que las democracias liberales de Inglaterra y Francia niegan su apoyo a la República y le imponen un bloqueo internacional, convencidas de que el fascismo era un “cordón sanitario”, como dijo Clemenceau, frente a la amenaza del comunismo ruso, e incapaces de comprender que la Guerra Civil española, como insistía Negrín, era solo un preludio de la Segunda Guerra Mundial. Este segundo ciclo concluye con la muerte de Franco (1975) y la aprobación en referéndum de una nueva Constitución (1978).

El régimen franquista (1939-1975) interrumpió el proceso de secularización y europeización de la sociedad española, mediante el exterminio, la depuración y el exilio de una generación de intelectuales vinculados a las instituciones culturales y educativas de la República. Los exiliados desarrollaron la mayor parte de su obra en otros países de Europa y América (Zambrano, Gaos, Nicol, García Bacca, Ferrater Mora, etc.). En cuanto a los que permanecieron en España, unos fueron excluidos de la universidad (Zubiri, Marías, etc.), otros se dedicaron a las ciencias sociales y jurídicas (en centros como el Instituto de Estudios Políticos y el CEISA o Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima), y otros se acomodaron al nuevo régimen (García Morente, Gómez Arboleya, Conde García, Carreras Artau, etc.). El propio Ortega regresó a España en 1945 y trató de recuperar su cátedra universitaria, pero fue en vano, porque tanto su figura como su obra habían sido condenadas al ostracismo.

Eso no significa que desapareciera la filosofía del sistema educativo, al contrario, fue institucionalmente reforzada; pero, al mismo tiempo, fue ideológicamente reorganizada como filosofía de Estado. El régimen franquista, en consonancia con la campaña antimodernista de los papas León XIII y Pío X, quiso instaurar una filosofía oficial nacional-católica y neo-tomista, tanto en la enseñanza universitaria como en la secundaria, y encomendó esta tarea a personas de la Falange, los seminarios católicos y las órdenes religiosas. De

hecho, el primer plan educativo franquista (1938) dedicó a la filosofía nueve horas semanales en los últimos cursos de Bachillerato. A los profesores seleccionados por el régimen se les inculcó una concepción escolástica de la filosofía, centrada en el comentario de los textos “canónicos” del pensamiento occidental. Se pretendía romper con la concepción orteguiana de la filosofía como una actividad creativa y “mundana”, vinculada a las ciencias, las humanidades, las artes, los sucesos de la propia época, en una palabra, la experiencia vivida. El canon del primer franquismo era neo-tomista y en gran parte importado, pero poco a poco fue incluyendo a destacados autores de la filosofía moderna y contemporánea, como puede observarse al comparar las trayectorias de dos catedráticos de la Complutense: Ángel González Álvarez y Sergio Rábade Romeo. A partir de los años sesenta, coincidiendo con el Concilio Vaticano II, la apertura de España al bloque euro-atlántico y el “desarrollismo” económico y social, se inicia la renovación de la filosofía española, en parte por la evolución intelectual de los “herederos” del franquismo (como López Aranguren, que acabó siendo expulsado de la universidad en 1965, junto con García Calvo, Tierno Galván y Montero Díaz), y en parte también por la aparición de nuevos “pretendientes” antifranquistas (como Muguerza, que lideró a la red “alternativa” y a sus tres polos principales: el lógico-científico, el ético-religioso y el estético-literario). Unos y otros protagonizaron lo que Vázquez García ha llamado la “transición filosófica española”.

El tercer ciclo podemos fecharlo, de manera aproximada, entre la Constitución de 1978 y la gran crisis iniciada en 2008. En esas tres décadas se produce la reinstauración y, esta vez sí, la consolidación de la democracia parlamentaria, que, bajo un régimen monárquico impuesto por Franco, retoma muchas de las iniciativas de la II República, entre ellas la estructura autonómica del Estado. Paralelamente, se lleva a cabo la plena integración de España en la OTAN (1982), en la Unión Europea (1986) y, en general, en las redes económicas, tecnológicas y culturales del capitalismo euro-atlántico. Fueron los años del llamado “milagro español”: manteniendo en lo esencial el modelo “desarrollista” del último franquismo, basado en la construcción, la emigración y el turismo, España logró superar dos crisis (a mediados de los setenta y de los noventa) y experimentó un acelerado crecimiento económico, demográfico, social y cultural, con el apoyo decisivo de la UE y de sus fondos estructurales y de cohesión. Desde finales de los noventa, el país que había exportado secularmente exiliados y emigrantes, comenzó a recibir a millones de inmigrantes de África, Latinoamérica y Europa oriental. Incluso aspiró a convertirse en una de las diez primeras potencias mundiales y a ingresar en el G-20. Por todo ello, los Pactos de la Moncloa (1977) y la consiguiente transición pacífica de la



dictadura a la democracia fueron presentados al resto del mundo como un proceso exitoso, más aún, como un modelo a imitar.

Junto con el régimen democrático, se desarrolló de forma incipiente el Estado de bienestar y, con él, una amplia red de infraestructuras y de servicios públicos, entre ellos el sistema educativo, universitario y de investigación. En este triple ámbito, se multiplicaron las reformas legislativas, la transferencia de competencias a las comunidades autónomas, la aportación de fondos públicos, las oposiciones y contrataciones de profesores e investigadores, la creación de centros docentes y de investigación, etc. Baste mencionar unos cuantos datos: España cuenta hoy con 27.055 centros de enseñanza no universitaria (infantil, primaria, secundaria obligatoria, bachillerato, formación profesional, educación especial y educación a distancia), 18.602 públicos y 8.453 privados<sup>3</sup>. Además, cuenta con 81 universidades: 51 públicas (47 presenciales, 2 no presenciales, la UNED y la UOC, y 2 especiales, la UIMP y la UNIA) y 28 privadas y de la Iglesia católica (24 presenciales y 4 no presenciales)<sup>4</sup>.

A la vista de estos datos, estamos muy lejos de 1915, cuando el joven Ortega y Gasset —el de su primer libro *Meditaciones del Quijote* (1914), pero todavía no el de su conferencia *Misión de la Universidad* (1930)—, a pesar de su propuesta de “europeizar a España”, defiende públicamente que el país no necesita más de cuatro universidades, porque entiende que la universidad debe estar reservada exclusivamente para las élites dirigentes del Estado, y que las “provincias” y comarcas deben contentarse con centros de formación profesional. En 1915, había en España sólo diez universidades, ocho públicas (todas ellas creadas en la Edad Media y en los siglos XVI a XVIII) y dos de los jesuitas (creadas a finales del siglo XIX). Sin embargo, Ortega creía que “sobraban seis”. Esas diez universidades, por orden de antigüedad, eran las siguientes: Salamanca (1218), Complutense de Madrid (1293), Valladolid (1295), Barcelona (1430), Zaragoza (1474), Santiago de Compostela (1495), Valencia (1500), Sevilla (1505), Granada (1531), Oviedo (1608), La Laguna (1792), Deusto (1886) y Pontificia de Comillas (1892). Tras la creación de la Universidad de Murcia en 1915, hay que esperar a la época del franquismo, y sobre todo a los años sesenta y setenta, para que se funden nuevas universidades, nada menos que catorce, doce públicas y dos privadas: Pontificia de Salamanca (1940), UIMP (1945), Navarra (1952), Autónoma de Barcelona (1968), Autónoma de

3 Datos de 2012-2013, publicados por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (MECD), 21/06/13.

4 Datos y cifras del sistema universitario español. Curso 2012-2013. Disponible en la web del MECD.

Madrid (1968), País Vasco (1968), Politécnica de Cataluña (1971), Politécnica de Madrid (1971), Politécnica de Valencia (1971), UNED (1972), Málaga (1972), Cantabria (1972), Córdoba (1972) y Extremadura (1973). Finalmente, el gran *boom* universitario se produce tras la transición democrática: desde 1977, se han creado en España 56 de las 81 universidades actuales, aunque es importante tener en cuenta que casi la mitad de esas nuevas universidades (exactamente, 24) son privadas.

En resumen, durante las tres décadas que van de 1978 a 2008, se construye el actual sistema español de educación, universidades e investigación. Lógicamente, en ese periodo se produce también una creciente expansión, modernización y diversificación de los estudios de filosofía en todos los niveles educativos. En el curso 1974-1975, la Licenciatura de Filosofía se impartía sólo en cinco universidades públicas españolas, concentradas además en tres ciudades: la Complutense y la Autónoma de Madrid, la Central y la Autónoma de Barcelona, y la de Valencia. En Murcia, hubo especialidad de Filosofía durante los quince primeros años del franquismo, entre 1940-41 y 1954-55, y volvió a implantarse de nuevo en el curso 1975-76. En 2012-13, el nuevo Grado en Filosofía ha sido ofertado por 20 universidades, 16 públicas y 4 privadas.

Esta gran expansión de los estudios de filosofía ha estado protagonizada por una brillante generación de profesores, investigadores y ensayistas que han vuelto a situar a la filosofía española en condiciones de dialogar en pie de igualdad con las filosofías de otros países del mundo. Pero, a diferencia de la época de Ortega, ya no se trata de unos pocos y selectos catedráticos universitarios de sexo masculino, pertenecientes a la burguesía madrileña y barcelonesa, sino de numerosos profesionales de ambos sexos y de muy diversos orígenes socio-económicos, distribuidos por todas las “provincias” del Estado y todos los niveles de la docencia y la investigación, y especializados en las más diversas áreas del pensamiento filosófico. Desde 1978, se han multiplicado las publicaciones, los congresos, las asociaciones y las conexiones internacionales con las grandes corrientes del pensamiento filosófico<sup>5</sup>.

Un grupo de profesores de instituto creó en 1979 la Sociedad Española de Profesores de Filosofía (SEPFI), editora de la revista *Paideia*. Esta asociación es una de las más veteranas de la filosofía española y durante más de tres décadas ha sido la principal representante de los profesores de enseñanza

5 Para un panorama de la filosofía española actual, véase Javier Muguerza y Pedro Cerezo (eds.), *La filosofía hoy*, Barcelona, Crítica, 2006, y el monográfico de *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 50 (2010), titulado “La Filosofía en España hoy. Eduardo Bello in memoriam”.

secundaria, tanto en la defensa de las materias filosóficas ante las autoridades educativas, como en el estudio y debate sobre la didáctica de dichas materias y, en general, sobre la relación entre filosofía y educación. A partir de una sección de la SEPFI, en 1992 se crea el Centro de Filosofía para Niños, que edita su propia revista y extiende su programa didáctico de “aprender a pensar” a la educación primaria y a la enseñanza no reglada. Además, las sucesivas leyes educativas (LOGSE, 1990; LOCE, 2002; LOE, 2006; y LOMCE, 2013) han provocado de forma recurrente la movilización del profesorado de secundaria y, con ella, la multiplicación de asociaciones filosóficas de ámbito territorial autonómico.

En cuanto al profesorado universitario, su creciente especialización e internacionalización ha hecho que una gran parte de la filosofía académica de las últimas décadas se haya desarrollado de espaldas a su propio pasado histórico: tanto al debate novecentista sobre el “Ser de España”, como a la posterior fractura entre el nacional-catolicismo franquista, el exilio republicano y las redes filosóficas alternativas. A partir de la Ley de Reforma Universitaria (LRU) de 1983, los filósofos académicos se dividen en “áreas de conocimiento” (Filosofía, Filosofía Moral y del Derecho –que luego se dividirá en dos–, Lógica y Filosofía de la Ciencia, y Estética y Teoría de las Artes), se especializan en subcampos relativamente autónomos (cada uno con sus propios congresos, asociaciones, revistas, etc.), se alinean con las grandes corrientes filosóficas importadas de las potencias intelectualmente hegemónicas (sobre todo, Alemania, Francia y los países anglófonos), y, finalmente, comienzan a competir unos con otros en una carrera de obstáculos burocráticos para obtener de las nuevas “agencias de evaluación” el reconocimiento a la “calidad” de su labor docente e investigadora, mediante la meritoria obtención de acreditaciones, proyectos financiados y “sexenios” de investigación, que se han convertido en los nuevos títulos de nobleza académica. En los últimos años, la modernidad en filosofía –y en cualquier otro campo del conocimiento– ha llegado a identificarse con la publicación de *papers* formalmente estandarizados en revistas indexadas por las grandes bases de datos internacionales, pues la “calidad” del pensamiento filosófico depende ahora del “impacto” inmediato conseguido en el competitivo mercado académico internacional.

Sin embargo, junto a esta especialización, fragmentación e internacionalización de la filosofía académica, en el periodo democrático se ha desarrollado también una filosofía “mundana” que participa activamente en los debates públicos, por ejemplo, en las cuestiones relacionadas con la bioética, el feminismo, la ecología política, la Galaxia Internet, las migraciones, la ciudadanía intercultural, el cosmopolitismo, etc. Entre esos debates, ha seguido ocupando

un lugar muy destacado la vieja cuestión novecentista de la unidad de España y de los nacionalismos periféricos, y, con ella, la división entre el unitarismo, el secesionismo y el federalismo. Porque la construcción cuasi-federal del Estado de las Autonomías no ha resuelto el problema de la vertebración territorial de España, sino que más bien ha alimentado las reclamaciones independentistas, sobre todo en Cataluña y en el País Vasco. En el caso del País Vasco, estas reclamaciones se vieron agravadas por el grupo terrorista ETA, que surgió bajo el franquismo y se ha mantenido activo durante casi todo el periodo democrático, hasta que en 2006 declaró un “alto el fuego permanente” y en 2011 el “cese definitivo de su actividad armada”.

Por todo ello, varios filósofos españoles han polemizado entre sí sobre el modo de abordar las reivindicaciones nacionalistas y la violencia de ETA. Basta pensar en las diferencias políticas entre dos filósofos de origen vasco como Fernando Savater y Javier Sádaba, y entre dos filósofos catalanes como Eugenio Trías y Xavier Rubert de Ventós. Savater y Trías, dos de los filósofos españoles de la segunda mitad del siglo XX con mayor reconocimiento internacional, durante los años de la transición promovieron el neo-nietzscheanismo de izquierdas, pero luego fueron evolucionando hacia posiciones más conservadoras, el primero hacia un social-liberalismo laico y el segundo hacia un social-liberalismo cristiano; además, han sido muy beligerantes contra el terrorismo etarra y contra los nacionalismos periféricos; Trías dio su apoyo al Partido Popular durante la etapa de Aznar, y Savater promovió con otros colegas la creación de Unión, Progreso y Democracia (UPyD), un nuevo partido político cuyo objetivo prioritario es la defensa de la unidad de España. Por el contrario, Sádaba ha sido un activo defensor de la izquierda independentista vasca, mientras que Rubert de Ventós ha ido desplazándose del “federalismo asimétrico” del PSC, del que fue diputado, al catalanismo independentista de la última etapa de CiU. En realidad, el nacionalismo español y los nacionalismos periféricos se han retroalimentado mutuamente durante todo el periodo democrático (y se han beneficiado electoralmente de ello), impidiendo así que el actual Estado de las Autonomías adoptara una estructura federal sólida y ampliamente consensuada.

La relación entre España y Europa también ha sido repensada por algunos filósofos españoles, en el marco más general de una reflexión histórico-política sobre el destino de Occidente: Jacobo Muñoz, Félix Duque, Manuel Cruz, Javier San Martín, Javier Echeverría, José Luis Pardo, José Luis Villacañas, Daniel Innerarity, etc. Yo mismo he dedicado una gran parte de mi trabajo intelectual a este tipo de reflexión histórico-política. Pero la relación España-Europa ya no se plantea hoy como en la época de Ortega y Husserl, cuando

Europa se autocomprendía y autoafirmaba como el centro del mundo y la meta de la historia universal: ya no se trata simplemente de “europeizar” a España, sino más bien de interrogarse cómo podemos contribuir, desde una España que es miembro pleno de la UE, a la construcción de una identidad política y cultural europea con vocación cosmopolita, en el nuevo contexto histórico de una sociedad global cada vez más interdependiente, intercultural e incierta, en la que Estados Unidos pretende ser el gendarme mundial tras el final de la Guerra Fría, y en la que sin embargo el Occidente euro-atlántico está perdiendo su secular hegemonía sobre el resto del mundo.

### III.

Pues bien, si tenemos en cuenta lo que ha sucedido en nuestro país a partir de 2008, podemos decir que se ha iniciado un nuevo ciclo en la historia de la filosofía española, coincidiendo con los grandes cambios que están afectando al conjunto de la sociedad española, europea y global. Unos cambios que, por cierto, también tuvieron su desencadenante en Estados Unidos de América, aunque esta vez no se trató de una guerra por el control de las colonias ultramarinas, sino de un crack financiero que ha tenido efectos globales y que ha dejado al descubierto el declive del imperio americano y, más ampliamente, de la hegemonía euro-atlántica sobre el resto del mundo.

En cualquier caso, desde hace seis años, España está sufriendo una crisis muy profunda, que afecta simultáneamente a nuestro modelo de desarrollo socio-económico (basado en la construcción y el turismo), a nuestra estructura jurídico-política (cada vez más corrupta y deslegitimada) y a nuestros valores morales y culturales (cada vez más invadidos por el neoliberalismo dominante). Esta triple crisis ha puesto en evidencia que estamos al final del ciclo histórico que se abrió con la muerte de Franco y la transición democrática. Los jóvenes españoles nacidos después de 1978 son los más formados de nuestra historia: el 39 % de los que tienen entre 25 y 34 años ha cursado estudios universitarios (y el 60,9 % de los graduados son mujeres), mientras que la media de la OCDE se sitúa en el 33 %; pero la tasa de desempleo juvenil ha superado el 57 % en 2013, hasta el punto de que la OIT habla de la “generación perdida” española, y decenas de miles de universitarios emigran cada año a otros países de Europa y América. Estos jóvenes ya no aceptan el relato de sus padres sobre el “milagro español”. Las movilizaciones del 15-M y de las “mareas ciudadanas” han puesto de manifiesto una profunda fractura generacional y una crisis de legitimidad de nuestro sistema político, económi-

co y cultural. A partir de ahora, como sucedió hace un siglo tras la pérdida de su condición de imperio colonial, España debe repensar su destino en un contexto histórico nuevo: la pertenencia a una Unión Europea cada vez más desunida y desigual, el declive de la hegemonía secular del Occidente euro-atlántico, el ascenso de nuevas potencias emergentes (China, India, Brasil, etc.) y los grandes riesgos planetarios a los que nos ha conducido un capitalismo cada vez más globalizado y desregulado.

La profunda crisis económica, política y cultural que desde 2008 está experimentando la sociedad española, no sólo ha cerrado el ciclo que se abrió con la transición democrática, al desvelar que el “milagro” español tenía los pies de barro, sino que al mismo tiempo nos ha hecho comprender hasta qué punto el destino de nuestro país se encuentra entretelado con las grandes transformaciones de la sociedad global y sometido a las poderosas fuerzas de un capitalismo de casino que ha roto el gran pacto social de la posguerra europea, sobre el que se edificaron los Estados de bienestar, la legitimidad de las democracias liberales y el éxito de la propia Unión Europea.

La actual crisis económica, que afecta sobre todo al Occidente euro-atlántico y que ha puesto en cuestión su secular hegemonía mundial, es el resultado de tres décadas de políticas neoliberales, que dieron vía libre a una economía cada vez más especulativa y desregulada. Así lo reconocieron los líderes de las grandes potencias mundiales en la reunión celebrada por el G-20 en Washington, en noviembre de 2008. El presidente francés Sarkozy llegó a plantear la necesidad de “refundar el capitalismo”. Sin embargo, una vez que los Estados inyectaron ingentes cantidades de dinero público a los bancos que habían provocado la crisis, la situación dio un giro de 180 grados: los Estados tuvieron que comenzar a emitir deuda pública para financiarse, y los bancos se dedicaron a especular nuevamente, pero esta vez con la llamada “prima de riesgo” de esa misma deuda pública, lo que permitió a los acreedores exigir a los Estados intereses cada vez más altos. Y, para rizar el rizo, muchos de esos bancos acreedores compraban la deuda pública con el dinero que les prestaba a bajo interés el Banco Central Europeo (BCE), porque la UE impide al BCE prestar directamente a los Estados. Pues bien, para salir de este círculo vicioso, la llamada troika (FMI, BCE y Comisión Europea, aunque estas dos últimas instituciones siguen el *Diktat* de Alemania) decidió que la prioridad era reducir el déficit público mediante el recorte de los gastos sociales de los Estados, esto es, haciendo que paguen la crisis los ciudadanos con menos recursos.

En resumen, la troika está recurriendo una vez más a las recetas neoliberales como remedio mágico para salir de la crisis: reducción y privatización

de servicios públicos, recorte de salarios y pensiones, precarización del mercado laboral, etc. Estas recetas están siendo impuestas a los países europeos con un mayor porcentaje de déficit público (España, Portugal, Italia, Grecia, Chipre, Irlanda, etc.), en contra de la opinión mayoritaria de la ciudadanía afectada. Y lo peor es que estas medidas, lejos de resolver la crisis, están agravando la situación de los países intervenidos: aumenta el paro, la pobreza y la desigualdad, crece la conflictividad social y se desmorona la legitimidad de sus instituciones y de sus representantes políticos. Además, esta política de "austeridad" está provocando una doble paradoja, con efectos muy negativos sobre todo el sistema de educación, universidades e investigación, y por tanto sobre los estudios de filosofía.

La primera gran paradoja es esta: por un lado, un aumento progresivo de la demanda social de formación profesional y cultural, en todos los niveles educativos, debido al crecimiento demográfico, económico y social de las últimas décadas, pero también debido a la democratización de las instituciones y de los derechos sociales; y, por otro lado, una disminución progresiva del porcentaje de recursos públicos destinados a su financiación, con la consiguiente tendencia a la privatización de la educación, la pérdida de calidad y el aumento de las desigualdades sociales y culturales.

La segunda gran paradoja es la siguiente: por un lado, una creciente exaltación de la llamada "sociedad del conocimiento", como remedio principal para salir de la crisis económica y competir en el marco del capitalismo globalizado, dado que la mano de obra barata se concentra en los llamados países emergentes; por otro lado, una concepción cada vez más mercantilista y tecnocrática del "conocimiento", pues el único conocimiento reconocido como valioso se reduce a la tríada I+D+i, con el consiguiente menosprecio de todas las disciplinas artísticas, humanísticas e histórico-sociales no susceptibles de producir innovaciones técnicas patentables y mercantilizables.

Esta doble paradoja está conduciendo, en muchos países del mundo, a unas políticas de educación, universidades e investigación cada vez más orientadas a la producción de saberes competitivos desde el punto de vista tecnológico y económico; aunque, en España, los recortes están siendo tan brutales que han afectado también a la I+D+i. Esto tiene efectos letales para la continuidad de los estudios de filosofía, pero también para la continuidad y vitalidad de nuestras democracias, como ha denunciado la filósofa estadounidense Martha C. Nussbaum. La tesis defendida por Nussbaum es tan antigua como el pensamiento occidental: hay un vínculo inseparable entre la

educación, el cultivo de las artes y las humanidades, y el ejercicio de la ciudadanía democrática<sup>6</sup>.

Desde 2008, la profunda crisis económica que está sufriendo la democracia española se ha visto acompañada por toda una serie de "reformas" legislativas y "ajustes" presupuestarios que han sido adoptados por los sucesivos gobiernos centrales y autonómicos, que se han visto agravados desde la llegada del PP al poder en noviembre de 2011, y que están afectando negativamente a los estudios de filosofía.

Ante este aluvión de "reformas", "ajustes" y amenazas a los estudios de filosofía, la comunidad filosófica española ha respondido durante el curso 2012-13 con todo tipo de iniciativas: actos reivindicativos en muchas ciudades españolas, como la lectura pública de textos filosóficos y la entrega de libros de filosofía para el ministro de Educación, José Ignacio Wert, promotor de la nueva Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE); numerosas entrevistas con representantes del Ministerio de Educación, de las Consejerías de Educación de las comunidades autónomas y de los distintos grupos parlamentarios; enmiendas al Consejo Escolar del Estado, al Consejo de Estado y a la Secretaría de Estado de Investigación; elaboración de un documento sobre la enseñanza de la filosofía en la educación secundaria; intervenciones en los medios de comunicación y en las redes sociales; ediciones de vídeos, etc. Pero la iniciativa más relevante ha sido, sin duda alguna, la creación de la Red española de Filosofía (REF), que ha permitido impulsar y coordinar todas las otras iniciativas.

#### IV.

Ahora bien, para comprender qué es lo que ha hecho posible el nacimiento de la REF, conviene tener en cuenta no sólo los cambios que desde 2008 están afectando al conjunto de la sociedad española, y en particular las nuevas políticas públicas que están poniendo en riesgo los estudios de filosofía, sino también las transformaciones que en los últimos años ha experimentado la propia comunidad filosófica española. Estos cambios internos han acentuado todavía más la conciencia de que la filosofía espa-

<sup>6</sup> Martha C. Nussbaum, *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, trad. de J. Pailaya, Barcelona, Paidós, 2005, y *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, trad. de M. V. Rodil, Buenos Aires / Madrid, Katz, 2010.

ñaola se encuentra ante un cambio de ciclo histórico. Me limitaré a enumerarlos brevemente.

Y para ello me serviré de la teoría de las generaciones de Ortega, pero con una pequeña corrección: dado que la esperanza de vida se ha incrementado notablemente a lo largo del siglo XX, asignaré a cada grupo de edad una horquilla temporal de veinte años, de modo que la generación joven irá de los 20 a los 40, la generación madura se extenderá de los 40 a los 60 y la de los más mayores se prolongará de los 60 a los 80.

Pues bien, de la generación que protagonizó la transición filosófica en España, unos ya han fallecido (Manuel Sacristán, José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo, José María Valverde, Alfonso Álvarez Bolado, José Gómez Caffarena, Fernando Montero, Ramón Valls, Alfredo Deaño, Francisco Fernández Buey, Mariano Peñalver, Eugenio Trías, Eduardo Bello, Quintín Racionero, Carlos París, etc.), otros se han jubilado (Sergio Rábade, Manuel Garrido, Emilio Lledó, Javier Muguerza, Pedro Cerezo, Gustavo Bueno, Tomás Calvo, José María Ripalda, José Luis Abellán, Antonio Heredia, Juan Manuel Navarro Cordón, José Antonio Marina, Jacobo Muñoz, Jesús Mosterín, Fernando Quesada, José Hierro, Felipe Martínez Marzoa, Xavier Rubert de Ventós, Antonio Escohotado, Fernando Savater, Manuel-Reyes Mate, Javier Sádaba, Victoria Camps, Francisco Jarauta, Gabriel Bello, Manuel Fraijó, Miguel Morey, Luis María Cifuentes, etc.), y otros tienen ya entre sesenta y setenta años (Félix Duque, Víctor Gómez Pin, Miguel Ángel Quintanilla, Javier Echeverría, Juan José Acero, Celia Amorós, Neus Campillo, Sergio Sevilla, Cirilo Flórez, Carlos Thiebaut, Aurelio Arteta, Ángel Gabilondo, José Luis Mora, Rafael Argullol, Patricio Peñalver, Miguel García Baró, José María González, Diego Sánchez Meca, José Luis Pardo, Amelia Valcárcel, Manuel Cruz, Gabriel Albiac, Margarita Boladeras, Jacinto Choza, Adela Cortina, Chantal Maillard, Félix García Moriyón, etc.). En otras palabras, la mayoría de nuestros maestros y colegas más veteranos han salido o están saliendo de la escena académica. Este fenómeno se ha producido en poco más de una década, y se ha visto acelerado por los recientes cambios legislativos y recortes presupuestarios, que han forzado a muchos profesores a desvincularse de la enseñanza antes de lo que habrían deseado.

En el otro extremo temporal, la nueva generación que ha comenzado a entrar en la escena filosófica, la de los jóvenes investigadores y profesores que tienen entre 20 y 40 años, está viendo dificultada, interrumpida o bloqueada su posibilidad de acceso, en todos los niveles de la docencia y la investigación, debido a esos mismos cambios legislativos y recortes presupuestarios que estamos padeciendo. Esta falta de relevo generacional es tanto más grave

cuanto que se trata de la generación mejor preparada de nuestra historia, precisamente porque ha heredado el capital cultural acumulado por sus maestros y predecesores, y, en general, porque se ha beneficiado de las condiciones sociales e institucionales creadas por nuestro incipiente Estado de bienestar.

Además, el hecho de que los jóvenes filósofos tengan dificultades cada vez mayores para cultivar su profesión, está suponiendo una drástica reducción o contracción demográfica de la comunidad filosófica española, es decir, una inversión de la tendencia que había prevalecido en las décadas precedentes. Muchos jóvenes con vocación filosófica se ven obligados a emigrar, o bien a servirse del bagaje filosófico en ámbitos profesionales no relacionados con la docencia y la investigación, e incluso a renunciar completamente a su vocación y buscarse la vida en otras actividades.

Esta falta de relevo generacional está ejerciendo una enorme presión sobre las personas que nos encontramos en plena actividad académica, más o menos entre los 40 y los 60 años, a medio camino entre nuestros maestros, que ya han fallecido o se han jubilado, y nuestros discípulos, que se han formado con nosotros, que han tenido más posibilidades formativas que nosotros, y que sin embargo tienen más dificultades para ejercer la misma profesión que nosotros. Esa presión está teniendo efectos negativos (sobrecarga de trabajo, debilitamiento de la cooperación intergeneracional, etc.), pero también ha tenido el efecto positivo de obligarnos a repensar seriamente nuestra situación y a incrementar la cooperación entre todos nosotros, más allá de nuestras diversas orientaciones intelectuales, niveles educativos y comunidades autónomas. Esta es una de las razones que nos ha llevado a constituir la Red española de Filosofía.

Junto a esta transformación generacional, hay también una importante transformación con respecto al sexo de la filosofía española. Entre quienes ahora estamos en activo, y sobre todo entre los más jóvenes, se ha producido un importante proceso de feminización, y esto en un doble sentido: por un lado, ha aumentado notablemente el número y el porcentaje de mujeres que se dedican a la profesión filosófica, tras el camino abierto por las pioneras de la transición (Celia Amorós, Victoria Camps, Amelia Valcárcel, Adela Cortina, Fina Birulés, etc.); por otro lado, el propio pensamiento filosófico español ha comenzado a afrontar las cuestiones relacionadas con la diferencia sexual, a pesar de que sigue habiendo muchas resistencias al respecto. En mi opinión, esta feminización de la filosofía también ha contribuido a tejer vínculos transversales entre los distintos subcampos de la comunidad filosófica española y entre sus diferentes niveles educativos. Además, el pensamiento feminista ha contribuido a conectar la reflexión filosófica con los saberes histórico-sociales,

jurídico-políticos y tecno-científicos, y con los movimientos sociales más innovadores. Por todo ello, la red feminista también ha facilitado el proceso de creación de la REF. De hecho, la primera junta directiva de la REF tiene una composición paritaria, tres de las cuatro presidencias de las comisiones de trabajo están ocupadas actualmente por mujeres, y lo mismo sucede con la presidencia de varias de las asociaciones integradas en la REF.

Otra transformación muy relevante es la reversión de la doble tendencia que se había dado en el ciclo 1978-2008: por un lado, la creciente expansión, diversificación y fragmentación de la comunidad filosófica española; por otro lado, la creciente disociación entre el profesorado universitario, cada vez más centrado en forjarse un currículum docente e investigador de "calidad", y el profesorado de secundaria, cada vez más desbordado por el maltrato recibido de las administraciones públicas y por la responsabilidad de educar a un alumnado muy numeroso y heterogéneo, socializado en la Galaxia Internet y con dificultades para iniciarse en el pensamiento filosófico.

A partir de la LRU (1983), la división de las disciplinas filosóficas en varias "áreas de conocimiento", cada una con autonomía para seleccionar a su profesorado mediante tribunales de oposición, tuvo inicialmente un efecto muy positivo, porque permitió acabar con la hegemonía institucional de los herederos del franquismo y renovar el campo filosófico español. Pero, a la larga, tuvo también un efecto muy nocivo: el de la creciente fragmentación de la comunidad filosófica española. De hecho, durante los últimos treinta años, ha sido prácticamente imposible establecer espacios institucionales comunes que permitieran una vertebración de la comunidad filosófica española, con la única excepción de la Conferencia Española de Decanatos de Filosofía.

Además, la falta de vertebración de la filosofía universitaria ha afectado negativamente a los estudios de secundaria y explica en parte los muchos vaivenes y zozobras que han sufrido con cada reforma legislativa. Durante las tres últimas décadas, las distintas áreas filosóficas no fueron capaces de debatir entre sí y llegar a un acuerdo básico sobre cuál debería ser el currículum filosófico de la enseñanza secundaria, sino que cada área trató de utilizar su mayor o menor influencia política para combatir contra las otras. Esta división interna de la comunidad filosófica española ha permitido a los sucesivos gobiernos del país, fuesen del PSOE o del PP, utilizar las materias filosóficas de la enseñanza secundaria como un comodín del que podían servirse para crear o potenciar otras disciplinas, como *Ciencia, Tecnología y Sociedad y Educación para la Ciudadanía*, en el caso del PSOE, o *Historia de España* y la alternativa a la *Religión*, en el caso del PP. Por eso, en las cuatro grandes reformas educativas de la democracia, las del PSOE (LOGSE, 1990 y LOE, 2006)

y las del PP (LOCE, 2002 y LOMCE, 2013), los estudios de filosofía siempre se han visto sometidos a la amenaza del recorte, y el profesorado de secundaria ha tenido que movilizarse una y otra vez para defenderlos.

Pero la mayor amenaza ha llegado con la LOMCE o Ley Wert, porque ha eliminado la *Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos* en la Educación Primaria y Secundaria, y dos de las tres materias obligatorias que componen el ciclo de los estudios de Filosofía en la Educación Secundaria (la *Educación Ético-Cívica* de 4º de ESO y la *Historia de la Filosofía* de 2º de Bachillerato), y ha dejado una sola materia obligatoria (la *Filosofía* de 1º de Bachillerato), lo que supone una reducción de más de dos tercios del currículum filosófico. Es el recorte más duro e injustificado que sufren los estudios de Filosofía en toda la historia de la democracia española y destruye lo que ha sido un pilar básico de nuestro sistema educativo durante las tres últimas décadas. Por eso, la comunidad filosófica española ha comprendido que, para defender la continuidad y la calidad de los estudios de filosofía, es cada vez más necesario establecer vínculos de colaboración estables entre todos los niveles docentes.

En cuanto a las "áreas de conocimiento" universitarias, su papel comenzó a cambiar desde el momento en que el antiguo sistema de oposiciones y el transitorio sistema de habilitaciones fueron reemplazados por el nuevo sistema de acreditaciones, que ya no se atiene a la división de áreas establecida por la LRU en 1983. A partir de la reforma de la Ley Orgánica de Universidades (LOU) aprobada en 2007, la carrera universitaria ya no pasa por los tribunales, como sigue sucediendo en secundaria, sino por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA). En general, las agencias de evaluación (ANECA, ANEP y CNEAI) controlan cada vez más ámbitos de la investigación y la docencia universitaria (las acreditaciones, los sexenios, los proyectos, los títulos de grado, máster y doctorado, etc.), hasta el punto de que han vaciado de contenido la autonomía universitaria y se han convertido en el Gran Hermano de todo el sistema español de universidades e investigación. Se trata de un fenómeno que se está imponiendo en todo el mundo y al que se ha dado el nombre de "capitalismo académico", pues consiste en instaurar unos sistemas estandarizados y meramente cuantitativos de evaluación de la "calidad" del conocimiento, análogos a los que se aplican en los sectores de las finanzas, la producción y el comercio. Basta pensar en el poder de las agencias de calificación de riesgos y en su descrédito tras haber avalado la "calidad" de los bancos desencadenantes del crack financiero.

Por todo ello, desde 2007, la distribución del poder académico en el seno de la comunidad filosófica española ya no depende de la división por

áreas, sino más bien del sistema de reclutamiento y actuación de las agencias evaluadoras. De ahí que sea cada vez más necesario alcanzar un acuerdo básico para la democratización de ese sistema.

Esta nueva situación de la filosofía universitaria, unida a todos los otros cambios que ya he mencionado, ha creado las condiciones para que se dé una mayor coordinación entre las distintas áreas filosóficas y entre los distintos niveles educativos. Y esa voluntad de coordinación es la que se ha plasmado en la creación de la REF.

## V.

Concluiré con algunas propuestas de cara al futuro. Me limitaré a enumerarlas muy brevemente.

En primer lugar, ante el cambio de ciclo histórico que estamos viviendo, es necesario revertir el proceso de creciente fragmentación y de falta de comunicación entre las distintas “áreas de conocimiento” filosóficas, entre los distintos niveles educativos y entre las distintas comunidades autónomas. Durante los últimos 35 años, la filosofía española experimentó un notable proceso de modernización, diversificación e internacionalización, pero no fue capaz de crear un espacio común de interlocución<sup>7</sup>. La Red española de Filosofía ha nacido con el objetivo de promover ese espacio común entre las diversas áreas temáticas, los diversos niveles educativos, las diversas comunidades autónomas y los diversos idiomas cooficiales del Estado español.

En segundo lugar, es preciso potenciar también las redes de coordinación institucional e interpersonal a escala internacional, no sólo con los países de la comunidad iberoamericana (con la mayor parte de los cuales compartimos el idioma español) y con los países del continente europeo (con la mayor parte de los cuales compartimos un ambicioso proyecto de federación política, económica, social y cultural), sino también con los demás países anglófonos, africanos y asiáticos, tanto mediante iniciativas bilaterales como a través de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía (FISP), organizadora del Congreso Mundial de Filosofía.

En tercer lugar, hemos de tomarnos muy en serio la tarea de defender los estudios de Filosofía ante la opinión pública y ante las instituciones políticas, educativas, científicas y culturales de cualquier escala geográfica (autonómi-

<sup>7</sup> Antonio Campillo, “La transición filosófica en España”, en *Dáimon, Revista Internacional de Filosofía*, 53 (2011), pp. 147-146.

ca, estatal, europea o global). Tal y como ha señalado la UNESCO en sus diversas declaraciones, informes e iniciativas –la *Declaración de París en favor de la Filosofía* (1995), el informe *Filosofía y democracia en el mundo* (1995), el informe *La Filosofía, una escuela de libertad* (2007) y la iniciativa Día Mundial de la Filosofía (que se estableció en 2005 y se celebra el tercer jueves del mes de noviembre)–, la presencia de los estudios de Filosofía en todos los niveles educativos, desde la enseñanza primaria hasta la universitaria, no es solo una garantía de continuidad y vitalidad de la profesión filosófica, sino también una manera de extender a toda la población y transmitir a las nuevas generaciones de niños y jóvenes el pensamiento autónomo, el pluralismo intelectual y moral, la ciudadanía crítica y, en último término, la cultura democrática.

En cuarto lugar, es igualmente necesario emprender una profunda renovación del pensamiento filosófico, para afrontar los grandes retos que se le plantean a la humanidad en el siglo XXI. Como ya he argumentado en otros dos encuentros recientes<sup>8</sup>, ha llegado el momento de dejar atrás el dilema que se le planteó a la filosofía posthegeliana en la segunda mitad del siglo XIX y que de uno u otro modo ha dominado todo el siglo XX. Por un lado, no podemos seguir atrapados en el duelo narcisista y melancólico por la muerte del sueño metafísico de la filosofía, un sueño que ha durado al menos desde Platón hasta Hegel y que pretendió convertir a la filosofía en la “ciencia de las ciencias”; porque el eterno retorno de ese duelo impide a la filosofía pensar su propia época y la convierte en un saber escolástico, reducido a la mera erudición histórica y al mero comentario de texto. Pero, por otro lado, tampoco podemos seguir contentándonos con la elaboración de filosofías unidimensionales, que iluminan exclusivamente un solo ángulo de la experiencia humana y al mismo tiempo lo hipertrofian hasta convertirlo en el “gran angular” desde el cual pretenden esclarecer el conjunto de nuestra experiencia del mundo; sea ese “gran angular” el conocimiento científico, como en Comte y la tradición positivista, o la convivencia política, como en Marx y la tradición revolucionaria, o la subjetividad ético-estética, como en Nietzsche y la tradi-

<sup>8</sup> “Nosotros, los humanos. La filosofía como cosmopolítica”, conferencia de clausura de las jornadas *Éticas y políticas de la alteridad. Homenaje a Gabriel Bello Reguera*, coordinadas por María José Guerra y Anisa Azaovagh, y celebradas el 16 y 17 de mayo de 2013, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Laguna; y “¿Qué es la globalización? La filosofía como cosmopolítica”, ponencia presentada el 23 de mayo de 2013, en el VI Congreso de la Sociedad Académica de Filosofía *Experiencia de la crisis, crisis de la experiencia*, coordinado por Carmen González Marín y celebrado en la Universidad Carlos III de Madrid, Campus de Getafe, del 22 al 24 de mayo de 2013.

ción existencialista. Tal vez el trabajo del duelo y el cultivo de filosofías unidimensionales fueron respuestas ineludibles para quienes tuvieron que liberarse del viejo sueño metafísico, pero hoy día, casi dos siglos después de la gran síntesis hegeliana, ya no tiene sentido que sigamos repitiendo esas respuestas heredadas. Por el contrario, ahora que hemos “desconstruido” críticamente nuestro propio pasado, ahora que hemos diversificado los lenguajes de la filosofía en diálogo con los distintos campos de la experiencia (los saberes tecno-científicos, los regímenes socio-políticos, las formas de modelación y expresión de la experiencia subjetiva), creo que estamos en condiciones de recuperar la vocación milenaria y transcultural de la filosofía como *mediadora* entre los tres grandes campos de nuestra experiencia: *kósmos*, *pólis* y *éthos*.

Esto no significa un retorno a los viejos sistemas metafísicos, pero sí una reivindicación de la filosofía como un pensamiento *cosmopolítico*. Recuperar esta vocación *cosmopolítica* de la filosofía es imprescindible para quienes vivimos en la sociedad global, es decir, en un mundo cada vez más complejo, interdependiente e incierto, en el que necesitamos instrumentos conceptuales y criterios de orientación para articular las diferentes dimensiones de nuestra vida: el conocimiento del mundo, la convivencia con los otros y la modelación de la propia subjetividad. Hoy día no hay ningún tipo de discurso que esté en mejores condiciones que la filosofía para llevar a cabo esa imprescindible labor de mediación entre los diferentes saberes, las diferentes esferas sociales, los diferentes ámbitos de nuestra experiencia vivida. En este terreno, el gran rival de la filosofía son las ideologías fundamentalistas (sean ideologías religiosas, nacionalistas, economicistas, tecnocráticas o de cualquier otro tipo), porque todas ellas ofrecen un catecismo muy simple y una comunidad de creyentes muy gregaria, y, por tanto, son una vía fácil para orientarse en este mundo y reconciliarse con él. Por eso, no es extraño que en una sociedad dominada por un capitalismo globalizado y salvaje, que mercantiliza, individualiza y desorienta a los seres humanos hasta el extremo de aniquilar su humanidad e incluso su vida, haya tantos miles y millones de personas dispuestas a comulgar ciegamente con una u otra de esas ideologías totalizadoras.

Ahora bien, y esta es mi quinta propuesta, la renovación del pensamiento filosófico debe conllevar una renovación de sus procedimientos de enseñanza y de sus géneros de escritura. La práctica pedagógica y la práctica literaria han sido las dos grandes formas a través de las cuales se ha expresado y transmitido el pensamiento filosófico durante milenios. Si queremos recuperar la vocación *cosmopolítica* de la filosofía para poder afrontar los grandes

retos del siglo XXI, eso nos exige modificar las formas de expresión y transmisión del pensamiento filosófico. En cuanto a los procedimientos de enseñanza, la Filosofía debe cuestionar la tradicional compartimentación de los saberes y entrar en diálogo con las diversas disciplinas (científicas, humanísticas y artísticas), para facilitar un aprendizaje interdisciplinar que permita a los niños y jóvenes comprender la multidimensionalidad de la condición humana en la era de la sociedad planetaria, es decir, nuestra triple relación con el mundo, con los otros y con nosotros mismos<sup>9</sup>. Además, es preciso renovar la didáctica de la Filosofía, a partir de las experiencias desarrolladas por el programa de Filosofía para Niños y por otras propuestas similares de innovación pedagógica<sup>10</sup>, pero también a partir del uso de los nuevos medios audiovisuales y, en general, de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, dado que este es el nuevo entorno tecnológico en el que se están socializando los niños y jóvenes de nuestro tiempo.

En cuanto a la escritura, que ha sido la otra gran modalidad de expresión y transmisión del pensamiento filosófico, es preciso denunciar la creciente dictadura del *paper*—es decir, el artículo especializado y validado por las revistas indexadas en las grandes bases de datos internacionales— como único género filosófico académicamente reconocido y estandarizado<sup>11</sup>. Frente a esta nueva y sofisticada forma de censura intelectual, es preciso recordar que el pensamiento filosófico ha practicado desde su origen todos los géneros de escritura (poesía, diálogo, carta, diario, ensayo, novela, autobiografía, tratado, etc.), y que el libre ejercicio del pensamiento está inseparablemente ligado a la experimentación literaria, a la innovación idiomática y a la invención de nuevos géneros de escritura. También aquí, las nuevas tecnologías audiovisuales y

9 Edgar Morin, *La mente bien ordenada. Repensar la reforma, reformar el pensamiento*, trad. de María José Buxó-Dulce, Barcelona, Seix-Barral, 2000, y *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, prefacio de Federico Mayor Zaragoza, exdirector general de la UNESCO, trad. de Mercedes Vallejo-Gómez, Nelson Vallejo-Gómez y Françoise Girard, Barcelona, Paidós, 2001.

10 Matthew Lipman, Anne M. Sharp y Frederick Oscanyan, *La filosofía en el aula*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1992; Matthew Lipman, *Pensamiento complejo y educación*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1998; Félix García Moriyón (coord.), *Matthew Lipman: Filosofía y Educación*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2002.

11 Marina Garcés Mascareñas, “La estandarización de la escritura. La asfixia del pensamiento filosófico en la academia actual”, en *Atenea digital. Revista de pensamiento e investigación social*, vol. 13, nº 1, marzo 2013, monográfico *¿Qué (nos) está pasando en la universidad?*, editado por José Enrique Ema, José García Molina, Sonia Arribas, Germán Cano. <http://atheneadigital.net/article/view/1039-Garces>



telemáticas abren un enorme campo de posibilidades para ensayar otras formas de expresión, inscripción y comunicación del pensamiento filosófico.

Terminaré con una sexta y última propuesta. Si entendemos la filosofía como una actividad *cosmopolítica*, es decir, como la gran mediadora o traductora entre los diferentes ámbitos de la experiencia humana, si le reconocemos una condición constitutivamente migrante, mestiza, fronteriza, interdisciplinar e intercultural, entonces no podemos reducirla exclusivamente a las dos ocupaciones hasta ahora dominantes, la docencia y la escritura, sino que también cabe ejercerla en otros muchos ámbitos –lo que conlleva también otras modalidades de expresión–, como el asesoramiento ético y político, la mediación social, la creación cultural, etc. De hecho, esto ya está ocurriendo, ya hay filósofos y filósofas poniendo sus conocimientos al servicio de muy diversas tareas e innovando filosóficamente gracias precisamente a la experiencia adquirida en el desempeño de esas tareas alejadas de la docencia y la escritura. Tómese como ejemplo la bioética, una nueva disciplina que es por definición mestiza, *cosmopolítica*, pues ha de conectar los nuevos saberes tecno-científicos, las nuevas regulaciones jurídico-políticas y las nuevas experiencias subjetivas con su diversidad de opciones éticas.

Voy a concluir repitiendo lo que dije en un reciente artículo de prensa: “En resumen, necesitamos renovar profundamente el ejercicio del pensamiento. Por eso, lejos de ser un oficio anticuado e inútil, la filosofía tiene ante sí una gran tarea y una gran responsabilidad: ayudar a reconstruir la *razón común*, para que la humanidad viviente, entretejida ya en una sola sociedad planetaria, se haga cargo de su pasado múltiple y se enfrente al porvenir con una actitud reflexiva y cooperativa”<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Antonio Campillo, “La crisis del pensamiento occidental”, en *El País*, 13 de abril de 2013, p. 31.